

do lo previene y necesitemos. Vivamos siempre cual vivieron nuestros mayores, como buenos Cristianos y como los Católicos mas amantes y devotos de la Santa Iglesia Romana, madre y maestra de las demas, fuera de la cual no hay salvacion; y portándonos de esta manera, se nos aplicarán sus gracias y beneficios en la vida, que nos ayudarán en la muerte á vencer obstáculos y la detencion del Purgatorio, y lo que es mas que todo, nos facilitarán la subida á la patria celestial, que os deseo á todos, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

J. M. X.



SERMON

para la fiesta de la Espectacion de nuestra Señora.

Espectabo Deum Salvatorem
meum, et præstolabor eum dum
prope est.

Esperaré á Dios mi Salvador, y
le saldré al encuentro cuando esté
cerca.

Antif. de seg. visp. á magnifi. en la fer. 5. despues de la
Dominica primera de Adviento.

En estas palabras que toma la Iglesia de los dos Profetas Isaías y Mi-

cheas, y las canta en el oficio de uno de los dias de Adviento, están reasumidas todas las ideas sublimes, todos los sentimientos elevados, todos los deseos cariñosos y purísimos en que abundó el alma santa de la Virgen María desde la Encarnacion del Verbo Divino en sus purísimas entrañas, hasta que lo dió á luz, y principalmente en aquellos dias inmediatos á su dichoso y feliz parto. La Iglesia de España tan privilegiada siempre por esta Señora, y tan amante de sus glorias, considerando que la festividad de la Anunciacion se celebraba en la Iglesia universal desde los primeros siglos, pero en una época del año, en la que por concurrir con la de los misterios de la Pasion del Señor, no se le podia dar toda la estension y solemnidad que exige su importancia, en el concilio X de Toledo, á media-

dos del siglo VII (año de 656) resolvió y ordenó que se trasladase la fiesta de la Anunciacion al dia 18 de diciembre; y despues, porque no se creyese que la España se apartaba de las piadosas costumbres de la Iglesia Romana, madre y maestra de las demas, mandó que se siguiese celebrando el 25 de marzo, pero sin dejar por eso de repetir la misma fiesta el 18 de diciembre, como ya se hacia. De suerte que esta festividad es una misma en sustancia que la de la Encarnacion; y el oficio todo y cuanto en él dice, hace y repite la Iglesia, nos lo acredita.

Sin embargo, examinando yo con reflexion las razones de los padres toledanos, por una parte, y por otra el tiempo y época eclesiástica en que se celebra esta fiesta y aun el mismo oficio, hallo ciertas especialidades,

que si bien no influyen en la esencia del misterio, ni la diversifican, le dan otro giro y otras consideraciones al objeto de la misma celebridad. En el dia de la Anunciacion realmente se celebra á Dios, al Verbo Divino hecho hombre, y si se habla de la Virgen es como sugeto en quien se verifica el misterio. Y la Iglesia de España queria celebrar esclusivamente á María y ponerla en accion en virtud del mismo misterio; y esto es lo que hace en el dia de la Espectacion. En una palabra, allí se representa el misterio en el tiempo de obrarse; aquí despues de estar ya obrado: allí á Dios que lo hace; aquí á María que lo medita.

Y véase como viene oportunamente el tiempo de Adviento para esta segunda fiesta; porque todo él, es, por decirlo asi, una fiesta continuada del

misterio de la Encarnacion. Y cuando ya se acerca el nacimiento del Hijo de Dios, la Iglesia redobla sus espirituales gozos, su entusiasmo y su animacion para estimular á sus hijos á que lo celebren con dignidad y pureza, y como uno de los dias mas grandes que los Católicos santificamos.

En otras grandes solemnidades se ha establecido una octava despues de ellas, para que se les dé la debida importancia, y se mediten despacio los beneficios distinguidos que el Señor nos dispensa en ellas: en esta hay ordenadas dos, una antes para preparacion, y otra despues para meditar en ella, como ya cumplida. Al dia primero en que se dá principio á la de preparacion pertenece la de que hoy hacemos mérito. Es pues, la Espectacion del Verbo con relacion á la Vir-

gen, y la preparacion de esta Señora para el parto prodigioso de su Divino Hijo que llevaba en su seno purísimo.

Importantísimas son, de verdad, las reflexiones que en ambos sentidos tenemos que hacer; si consideramos á la Virgen, penetrada de los sentimientos de la fé mas pura en el misterio, del amor mas tierno para con su Dios, de su embeleso y santo entusiasmo, de su íntima union con este Señor, de su humildad profunda, de su obediencia pronta á sus divinas disposiciones, se agranda y eleva tanto el objeto de esta solemnidad, que es imposible alcanzarlo y abarcar toda su estension y tamaño en un corto discurso, y mucho menos habiéndolo de hacer un hombre de poco espíritu y cortos alcances. Si despues pasamos como es justo, á hacer las oportunas

aplicaciones á nosotros mismos, cuando celebramos estos misterios, entrando de lleno en el espíritu é intencion de la Iglesia, salen al encuentro otras dificultades, cuya apreciacion está reservada al que conoce lo imposible que es recorrer en poco tiempo un espacio inmenso.

Asi, señores, yo debo limitarme en la manera que pueda á esponeros con respeto á la Virgen Santísima en los dias de su próximo parto y á nosotros en todos los de la vida en que esperamos la venida del Señor, las palabras de mi tema. Haré unas ligeras indicaciones, y nada mas, sobre el modo con que María Santísima esperó el nacimiento de su hijo Jesus, y se apresuró á recibirle, para que en ella, como de celestial maestra aprendamos.

Madre mia, el éxito depende del

Cielo y de vos, si me consigues sus auxilios; yo los espero, siempre confiado en tu favor. Para ello te saludo con mi auditorio.

AVE MARIA.

Espectabo Deum Salvatorem meum, et præstolabor eum dum prope est.

Esperaré á Dios mi Salvador y le saldré al encuentro cuando esté cerca.

Antif. de seg. visp. á magnif. en la fer. 5. despues de la Dominica primera de Adviento.

E desde que la Virgen Santísima zanjada la dificultad que opuso al Angel de conservar intacta su virginidad, á pesar del misterio de la Encarnacion del Verbo en sus purísimas entrañas, ya se sometió humilde á la voluntad de Dios, empezó á estrecharse por el amor mas puro y la fé mas ardiente, aquella union de gracia y amistad que tenia con el mismo

Dios desde el momento de su concepcion inmaculada, y en el momento mismo. Esforzando los actos de fé y de amor se preparaba al nacimiento de su Hijo, porque en él sabia que se habian de cumplir las promesas de quedar asegurado su honor y pureza, á pesar de producir al mundo al deseado de los collados eternos, como se espresa el Profeta Ageo. La dulce, santa, cierta, segura y consoladora esperanza de estos incomparables favores para sí misma, y de los beneficios de infinito valor que reportaria al mundo su maternidad prodigiosa, al paso que afirmaba mas y mas su ardiente y firme fé, estimulaba su amor, su humildad y su reconocimiento.

Yo, señores, quiero hallar un punto de comparacion y de contacto de esta íntima union de fé, de amor,

de reconocimiento y humildad que hubo en el alma purísima de la Virgen con su Dios todo el tiempo de su preñado misterioso, y principalmente en aquellos preciosos dias inmediatos á su alumbramiento, y aunque recorro con la imaginacion las historias de la vida de los Santos y de aquellas almas privilegiadas, que despues de haber subido grado por grado toda la misteriosa escala de la perfeccion, han llegado á unirse tan íntimamente con su Dios que han aparecido en cierta manera endiosadas, deificadas, sin querer, ni pensar, ni hacer mas que lo que era mas del agrado del mismo Dios; yo, digo, quiero hallar en ellas una semejanza de la union de la Virgen; pero veo que me quedo muy atras, muy bajo; que la comparacion es muy imperfecta. Santa Te-

resa de Jesus, por ejemplo, tan querida y tiernamente obsequiada de su Divino Esposo, que ardía su pecho en el fuego místico de su amor como el de un Querubin, que se enagenaba de sus sentidos, que moría de amor. ¿Y bien, es todo esto algo para conocer la union de María Santísima con su Dios, cuando lo llevaba corporalmente en su seno, cuando le habia dado la existencia humana de su propia sangre y sustancia, y cuando esperaba en breve ser su Madre verdadera aun á los ojos del mundo? ¡Oh! esto es muy eleyado, muy grande; no es posible tocarlo ni menos comprenderlo: confieso ingénuamente, Cristianos, que yo no lo alcanzo. Sería necesario al menos haber visto como Pedro y los otros dos discípulos queridos, en el Tabor, la gloria del

de esta íntima union de amor.

Señor, haber subido como Pablo al tercer Cielo y oír allí y ver arcanos que no es lícito ni posible al hombre decir ni explicar. Pero aun así, y con todo, sin la luz de la gloria, ¿cómo se ha de ver la gloria misma, si está colocada en una esfera superior á la inteligencia humana?

Los Santos todos fueron concebidos en pecado y siempre estuvieron espuestos tambien á pecar; María fue concebida en gracia, llena siempre de la plenitud de la gracia; fue siempre bienaventurada y no podia pecar, ni faltar á ella, porque hubiera ese defecto refluído en su mismo Hijo Jesus, que era y es Dios, y la Santidad por esencia. ¿Quién, repito, podrá explicar esta íntima, perfecta y perpetua union de Dios y María? ¿Quién decir la grandeza y perfeccion de su